



Arzobispado de Mercedes-Luján

Te Deum **La mística de la fraternidad**

25 de mayo de 2024

Introducción

Cada palabra adquiere un significado nuevo y profundo de acuerdo al contexto vital en el que se pronuncia. En 1810, hablar de “independencia” tenía un sentido claro: ser un pueblo emancipado, autónomo, libre de todo proyecto dominador y colonial, para ser un pueblo libre, con identidad. Ser una Nación, un Estado que valiéndose por sí mismo, pudiese diseñar su propia Constitución.

Se trataba de las primeras pinceladas de un sueño que iría gestando lo que podríamos llamar el ADN argentino, la argentinidad.

Semejante sueño es imposible sin la colaboración de muchos, sin la participación de los ciudadanos, sin la cooperación, sin co-responsabilidad. No es posible vivir en independencia y libertad si no hay, simultáneamente, un enorme esfuerzo por hacer real el Bien Común, que es el bien de las personas y de todos. No se puede ser Pueblo si no hay un “alma común” que sostenga la hermandad, si no existe un hondo sentido de fraternidad.

Sin embargo, debemos reconocer que a lo largo de la historia y en el hoy que compartimos, hemos atentado contra la fraternidad. Hemos extraviado el rumbo y el compromiso de ser una Patria de hermanos, permitiendo que muchos males se enquistaran en nuestra médula social.

Dejamos por ejemplo, que la corrupción extendida en tantos espacios y niveles, se tragara la institucionalidad de la Nación y matara de muchas maneras a miles de ciudadanos. Que nuestros mayores jubilados, tengan que elegir entre comprar sus remedios o comer. Permitimos que se extendieran las injusticias, los intereses individuales y mezquinos, por encima del Bien Común. Que creciera la deuda educativa que deja sin futuro a millones de niños y de jóvenes. Que la salud esté en un estado crítico. Que el enriquecimiento inmoral y a destajo de algunos pocos, fuese a costa de las mayorías empobrecidas. Que se instale el narcotráfico. Que creciera la coima y la estafa en lo pequeño y en lo grande. Y que la llamada “batalla cultural”, sea una falta de respeto de unos pocos atravesados por ideologías sesgadas y llenos de la violencia del pragmático actualismo, hacia la identidad argentina, cuya cultura ha sido amasada en el barro del mismísimo pueblo y de una historia de años.

El hombre herido de la parábola

En la parábola que hemos compartido, la historia narrada por Jesús comienza por un hombre asaltado y dejado a su suerte en medio de una lucha entre la vida y la muerte. Es la realidad de un hombre atacado por otros hombres que no saben vivir como hermanos, sino que son capaces de matar para su propio beneficio.

Podemos ser nosotros cuando no vivimos como hermanos, sino que nos atacamos mutuamente. Destruimos la hermandad y los heridos abundan a su suerte. Todos, y con más responsabilidades algunos, entramos en esta dinámica de ataque a lo fraterno. Es posible que aquí radique una de las causas de tantos heridos en el camino y, en especial, los lastimados por una pobreza escandalosa. Porque la pobreza no es una situación macro-económica ni un problema ideológico, no es un número frío para publicitar en los diarios o las redes sociales. Los pobres son personas que desde hace décadas vienen perdiendo el trabajo, el oficio, el sustento, y también la cultura del trabajo que se trasmite de generación en generación. Los pobres, son personas que hoy no tienen trabajo. Es una pobreza que clama al cielo como un grito lacerante que nos rompe el corazón todos los días.

La imagen del hombre medio muerto lleva el nombre de nuestros niños indigentes y de nuestros ancianos descartados y arrojados a su suerte. Y esto es el fruto de años en que nos hemos lastimado unos a otros con el egoísmo y la indiferencia. Y porque perdimos el sentido y el deseo de ser un pueblo fraterno, es que hemos esquilado a la Patria, despojándonos a nosotros mismos y especialmente a los pobres de su dignidad.

Atrás de todo esto hay personas responsables, políticos, empresarios, sindicalistas, y dirigentes de todos los niveles sociales y de todas las ideologías políticas y me incluyo. Personas, cuyo único interés debería ser el de servir con total responsabilidad al prójimo, y hacerlo en la verdad y en la justicia, pero sin embargo, no les ha interesado nada el prójimo, absolutamente nada, sólo les ha importado lo propio.

Como el hombre herido, estamos en un momento muy delicado. Pero la Palabra de Dios da esperanza y de ninguna manera pienso que este tiempo histórico sea el fin de aquel proyecto inicial de la Patria, de la Argentina. En todo caso, ciertamente, es un tiempo para poner el hombro, para estar cerca de las personas que sufren, para tender la mano con un sentido fuerte de solidaridad y para hacer profundos aprendizajes.

La historia es aprendizaje. Animémonos a aprender de lo vivido con esperanza. Hagámoslo mirando y caminando hacia adelante, con la historia en nuestras espaldas, pero miremos hacia adelante, con sentido de futuro y con compromiso de hermanos.

Las actitudes fundamentales

Nos necesitamos. Todos nos necesitamos, porque ninguna Nación podría crecer sin otras, ningún privado sin otros, ningún grupo sin otros grupos, ninguna familia sin otras familias. No existe la mínima posibilidad de vivir sin los otros. No es posible re-construir una Nación desde un individualismo cultural, social o económico. Semejante individualismo, sería una clara manifestación de un proyecto egoísta que se centra en una mirada parcializada del yo y de lo privado, y que tiene como destino la muerte tanto de la persona, como de la

Nación. Los egoístas de la parábola siguen de largo frente a los hermanos, son indiferentes y la historia no les dedica ni un párrafo.

Pero, *“todos estamos en la misma barca”* y *“nadie se salva solo”*, es por este motivo que me animo a expresar la necesidad de *“una mística de la fraternidad”* que nos ayude a reencontrarnos para trabajar juntos en todos los desafíos que tenemos por delante. Para tal mística de la fraternidad, considero que hay dos actitudes básicas pero fundamentales: la sensibilidad hacia el otro y; siempre buscar hacer el bien.

Jesús nos da la clave para esta mística de la fraternidad que inspire nuestro actual camino compartido.

La sensibilidad hacia el otro.

Todos sentimos que lo verdaderamente humano está relacionado con la compasión, la ternura, la misericordia y la solidaridad. Dejar tirado en el camino al hermano que sufre, pasar de largo, ser indiferentes, desinteresarnos del otro, nos quita humanidad, nos convierte en bestias, nos pone a la defensiva, y terminamos atacándonos unos a otros.

La indiferencia, la insensibilidad, nos hace seres maltratadores, porque nuestro corazón deja de ver aquello que es propio de la condición humana, como lo es la debilidad, la vulnerabilidad que todos tenemos y que debemos cuidar sagradamente. El que considera al otro, sólo desde el poder, desde sus capacidades y méritos, posiblemente sin darse cuenta, más que ver a una persona, a un hermano, sólo ve a un socio que está para rendir y si no rinde, se descarta y se lo deja tirado al costado del camino y se sigue adelante. No podemos ser fríos y calculadores.

Necesitamos reconstruir la Argentina desde una profunda sensibilidad hacia los otros con los que compartimos la misma tierra y los mismos sueños. Todo comienza en el propio corazón que es la fuente de toda transformación social.

Esto lo dice con una enorme sabiduría el Papa Francisco en Fratelli Tutti, porque, a pesar de tantas situaciones difíciles del mundo, el Santo Padre empeñado a trabajar incansablemente por la fraternidad humana y la amistad social.

Por otra parte, el buen samaritano, nos dice el texto evangélico, atiende al herido y lo lleva a la posada. Su compasión arriesga mucho más de lo que se pediría: se detiene a pesar de ser una zona peligrosa y cura como puede al herido, da de sus propios bienes sin calcular pérdidas o ganancias, entra en la posada y dedica tiempo al enfermo, al irse dice que se hará cargo de todo. La verdadera grandeza nace de la sensibilidad, de la compasión, no de los cálculos o las ideologías. Es la compasión la que lleva a dar de tiempo y la impulsa a buscar la manera de encontrar una solución. Y la compasión nace de estar frente a los hermanos no de las estadísticas.

Vivir buscando hacer siempre el Bien

La parábola comienza con una pregunta del doctor de la ley *“¿Quién es mi prójimo?”*. Pero al final, hay una pregunta de Jesús mucho más aguda: *“¿Quién actuó como prójimo del herido?”*. El que tuvo compasión de él: El que le hizo bien.

La segunda actitud fundamental es la acción que garantiza el bien. Una mística de la fraternidad supone aceptar el desafío de con-vivir buscando hacer el bien, siempre hacer el bien. Esto requiere que seamos personas con un profundo sentido ético de la vida, con capacidad para escuchar la voz de la conciencia y no acallarla por los propios intereses, con una honestidad que nos hace decentes, honrados, respetuosos de los demás

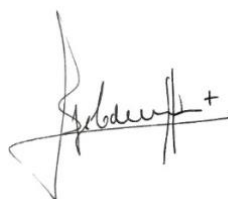
Una mística de la fraternidad implica que pongamos nuestros talentos y capacidades, nuestro tiempo y bienes, al servicio de los otros, con máxima generosidad y servicio. La Palabra de Jesús nos invita a construir un Pueblo marcado por la búsqueda del Bien de todos, donde lejos de actuar de manera egoísta e indiferente pongamos la vida al servicio de los hermanos.

Este tiempo está marcado por una indiferencia que nos separa y nos divide, que usa de la violencia para distanciarnos. Una mística de la fraternidad impulsa lo contrario: hacernos espacios para vernos, ayudarnos, dialogar. Su método es la compasión, no la violencia. Su camino es el bien común, hecho de acciones concretas que busquen el bien de todos, que es el Bien de la Patria, la unidad de la Nación, la vida del Pueblo. Como nos decía Francisco: ¡No nos dejemos robar la esperanza! ¡No nos dejemos robar la comunidad!

Conclusión

Da esperanza ocuparnos desde abajo y de apoco, especialmente con los jóvenes, para hacer un proyecto de Nación que con una profunda sensibilidad hacia los otros y buscando hacer siempre el bien, nos dé la posibilidad de construir una Patria de hermanos en la que nadie se quede afuera y todos, absolutamente todos, tengamos un lugar.

Que María, la Madre del Señor, Nuestra Señora de Luján, que acompaña la historia de nuestro pueblo argentino desde los comienzos, siga cuidando de todos y muy especialmente de los pobres y necesitados, para que podamos ser una Patria de hermanos.



+ Jorge Eduardo Scheinig
Arzobispo Metropolitano
de Mercedes-Luján